

LA INSOSTENIBLE ILUSIÓN DEL **DESARROLLO SOSTENIBLE**

H. C. F. Mansilla

A comienzos del siglo XXI se puede aseverar que en América Latina el llamado desarrollo sostenible es improbable. Y ello por varios motivos. Una modernización acelerada es considerada como la prioridad de todos los esfuerzos colectivos y, por lo tanto, como el reclamo central de los nuevos movimientos sociales, junto con sus reivindicaciones específicas de suelos, recursos naturales y componentes étnico-culturales. La modernización goza aún de una amplia legitimidad, que es compartida por muy diferentes estratos sociales, partidos políticos y sectores étnicos. El desarrollo modernizador debería acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y promover la paz social mediante la incorporación de los grupos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva de la nación.

Aunque propaguen consignas izquierdistas radicales, los movimientos sociales se pliegan a lo esencial de la teoría del desarrollo sostenible. Sin una conciencia clara de la temática, se guían por los siguientes principios, a los que consideran verdades indubitables: (a) el crecimiento económico no tiene límites fijos; (b) la explosión demográfica y los desarreglos ecológicos no significan amenazas; (c) es posible y deseable un crecimiento integral que no cese nunca; (d) el ingreso *per capita* de la población debe elevarse sin término; y (e) los servicios educativos y de salud deben crecer también de modo indefinido.

Esta concepción, extremadamente popular, no es proclive a pensar en límites y limitaciones realmente serias. Aunque los movimientos sociales, y particularmente los étnico-culturales, sientan una repugnancia explícita por el imperialismo norteamericano, la última meta normativa pretendida por todos ellos es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos. Los movimientos sociales no tienen ninguna estrategia contra los desastres ecológicos y la expansión demográfica. No se imaginan siquiera que toda modernización juega un rol depredador con respecto al medio ambiente y los recursos naturales.

Por otra parte, hay que observar con escepticismo a algunos ideólogos de los movimientos sociales que establecen un estrecho nexo entre la diversidad cultural de origen premoderno, por un lado, y un desarrollo sustentable, por otro. La esperanza de detectar una "racionalidad ambiental" y "estrategias alternativas para el desarrollo sustentable" en regímenes premodernos de producción agrícola estriba en una simple ilusión: la confusión deliberada al identificar formas tradicionales de agricultura de subsistencia (generalmente estáticas) con el desarrollo sustentable (que posee implicaciones altamente dinámicas). Se afirma, por ejemplo, que la cultura indígena tradicional debería ser vista como un paradigma alternativo de sustentabilidad. La defensa de las culturas indígenas sería equivalente a la defensa de

la naturaleza. Esta es una visión romántica e idealizada de las técnicas agrícolas originarias. En el presente, la mayoría de los indígenas tiende a las usanzas comerciales de toda agricultura contemporánea, dejando de lado las precauciones conservacionistas que sus antepasados practicaron en la época precolombina.

Lo cierto es que las exigencias de los movimientos sociales han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de toda la esfera económica. Y este proceso de crecimiento continuo goza de una clara superioridad frente a restricciones conservacionistas y limitaciones dictadas por preceptos ecológicos. Dicho de otra manera: el desarrollo económico incesante tiene hoy una fuerza normativa tan poderosa que hace inviable una concepción de ordenamiento social que se someta a consideraciones medio-ambientales efectivas. La improbabilidad del desarrollo sostenible tiene que ver con la realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas, que se manifiestan en la capacidad cada vez más reducida de auto-regeneración de los ecosistemas naturales (como es el caso dramático de los bosques tropicales sudamericanos). Esto sugiere la probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo sostenible permanezcan en el terreno de lo ilusorio. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos sociales provienen del acervo de la modernidad occidental: la bondad básica de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne, y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, lo que los movimientos sociales en América Latina y sus ideólogos se niegan a percibir en toda su convergencia e intensidad.

Por otra parte, hoy en día se expande en el ambiente científico la concepción de que todo sistema biológico y social requiere de límites para poder sobrevivir y que nosotros tenemos limitaciones mentales para entenderlos. La modernización imitativa en América Latina ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de dilatados ecosistemas en un lapso temporal brevísimo. Estos dilemas parecen no inquietar a los movimientos sociales, que, siguiendo fielmente nuestras tradiciones, se preocupan por lo inmediato y lo visible.

H. C. F. Mansilla (Buenos Aires, 1942). Filósofo boliviano, nacido en Argentina y residente en La Paz. Estudió Ciencias Políticas y Filosofía en la Universidad Libre de Berlín, en donde obtuvo su doctorado y ha sido profesor. Es actualmente profesor visitante de la Universidad de Zúrich y miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua de Bolivia. Entre sus libros, cabe mencionar: *Desarrollo y Progreso como ideologías de modernización tecnocrática, América Latina entre la tradición y el postmodernismo*, y *Los tortuosos caminos de la modernidad. Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina*.